Carpeta 04
Cuentos reunidos

01
Voy a la Escuelita:

Llegó el día en que ya debía irme a la Escuela a principio del año 1962, tenía 6 años y por primera vez entré caminando
por el Paú Poí hasta llegar al otro lado.

Asustado no tenía idea para qué me iba a la Escuela, pero cuando vi que muchos de mis amigos y amigas de la cuadra, vestidos como yo con guardapolvo, me tranquilice y me puse contento.

Esa mañana entre muchos como yo nos íbamos hacia la Escuelita San José Artesano, de pantalón cortito azul y los guardapolvos blancos, bien peinaditos pero algunos tenían los pies descalzos.

Me cruzaba un tirante de color azul por mi pecho, sosteniendo una bolsita de tela Pilar, que me servía de cartera, donde llevo un lápiz, un cuaderno de 20 hojas doble raya y un borrador, mis útiles.

Algo nuevo y muy diferente estábamos comenzando entre quienes teníamos la misma edad y ya no era juntarnos en la para jugar en la arena de la esquina de la cuadra, porque nos había llegado la hora hora de estudiar y aprender aunque seguiamos jugando en la esquina pero con menos tiempo.

Caminando juntos por el callejón angosto el “Paú Poí”, parecíamos a una bandada de blancas palomas, recuerdo esa ilusión entre las niñas que parecían a las flores de un jardín, iban bien peinaditas con olor a jazmín.

Y cuando llegué al otro lado miré hacia lo que decían, allá queda el Centro de la Ciudad de Pilar y me di cuenta que por esas calles en las esquinas cin columnas de caranday, eran muchas otras cuadras muy parecidas al nuestro donde nos juntamos para jugar desde muy niños.

Y seguro que desde aquellas casas y sus alrededores, de por allí vienen grupos de amigos y amigas desde la infancia, que se conocieron en la esquina de su cuadra, y serán y seremos amigos, como compañeros del aula.
Porque nos llegó a todos, dejar en las nostalgias nuestros juegos infantiles y a nuestra columna de caranday con su farol, donde al atardecer jugamos en la arena.

Nos llegó el tiempo de aprender y estudiar desde el primer Grado de la Primaria en la Escuela San José Artesano.

Hernán Benítez Denis

02
Entramos al aula:

Cuando la maestra nos llamó por nuestro verdadero nombre, yo aprendí que el mío era Hernán y no Nanchito como me llamaban en casa y en la esquina mis amigos. Ahora ya sabía distinguir lo que es el nombre y el apodo

Teníamos que sentarnos en un asiento largo al que llamaban banco para escribir y que tenía la parte movible que se llama pupitre y es la tapa de un cajón alargado donde se colocan los útiles.
Sentados unos al lado del otros,y en hileras, no recuerdo cuántos alumnos cabemos en cada pupitre o unidad de banco.

Y cada mañana la ceremonia para comenzar a escribir luego de los saludos iniciales, esperamos que la Maestra nos diga, "levanten el pupitre de la mesa", y debíamos hacerlo todos juntos coordinados.

Esa frase que la Maestra repite varias veces en la clase, se baja o se alza el pupitre era una rutina, y algo que me di cuenta es que las niñas estaban todas juntas y separadas de los varones, no era como en nuestros juegos de la esquina de la cuadra donde todos nos entreveramos jugando.

Los varones siempre somos algo cabezudos y dejamos caer el frasco de tinta o los cuadernos de los otros compañeros sus útiles para que se pierdan, o escondemos borradores, y lo peor ocurre cuando la tinta china se derrama en los cuadernos.

A veces alguien se golpea con el pupitre la cabeza al bajar por el compañero a propósito, y eso ya era motivo de castigo para todos los de ese banco, porque nadie delata a nadie como el responsable.

Éramos compinches entre compañeros porque las más de las veces, las travesuras se hacen sin malicia y siempre hay la posibilidad de repetir por venganza.

Recuerdo el timbre de la voz de mi recordada maestra cuando se enojaba pero luego se le pasaba y las sonrisas vuelven y hasta nos parecen más amplias, igual como ocurre con las madres luego del castigo a su hijo.
Hernán Benítez Denis

03
Primeros días de clase:

En el año 1962 fue cuando pisamos el verde césped del frente de la Escuela San José Artesano con los guardapolvos blancos y el pantalón corto azul, las maestras nos recibieron y así comenzó esa historia desde el primer Grado entre los compañeros.

Al formarse las filas ese primer día en la Escuela, con mucho barullo, luego hubo un silencio total y solo se escuchaba el fuerte viento del este entre los eucaliptos.

Hicimos la formación a un costado de la Escuela frente al mástil donde cantamos el Himno Nacional y me gustó ver la Bandera Paraguaya que subía como si tuviera vida propia.

Al terminar hubo aplausos, y luego de entre las Maestras nos habló la más pequeñita de estatura.
Esa primera vez que la vi me parecía una niña grande, y era una señora muy coqueta de labios pintados muy rojos, en ella todo era muy llamativo.
La Directora Lilia Troche vda. de Dobrila, a la que recuerdo como si hoy fuera de nuevo a verla.

Venía llegando cada día y la esperábamos ver, y no diré aquí lo que nos decía un compañero, C. B cuando éramos ya más despiertos, por decir de algún modo, que sus dos prominencias llegaban primero que la misma Directora.
Y ella llegaba a la Escuela impecable como una alumna más de blanco uniforme, sonriendonos al pasar con sus labios pintados de rojo carmesí.
Nuestra Directora era como una muñeca grande y no sé cómo, seguíamos siendo tan inocentes.

Ahora que ya nos llegó el turno de entrar a clase esa primera vez, le seguimos a la Maestra que nos dijo su nombre, se llamaba “María Alegre”.
Ella estaba toda sonriente y nos fue ubicando en los bancos del aula, separando a las niñas de los varones.

Desde esa vez empecé a suspirar por la libertad, extrañando ese tiempo que tenía afuera jugando bajo la columna en la esquina de mi casa.
Pupitre, pizarra, tiza, dictado, deletrear, eran esos ejercicios de esas primeras letras que formarían las palabras y que tuvo sentido para mí poco a poco hasta que aprendí a escribir y leer.

Y así fui descubriendo un mundo nuevo, el de las palabras, tanto al escribir como al leer, era una puerta grande que se me abría al presentir que me llevaría hacia otros lugares desconocidos por conocer cuando descubrí también la imaginación.
Y que aquellos lugares con los duendes de las palabras tenían un lugar para mí.

Los primeros cuentos con nombres como el yacy yatere, el pombero y las travesuras de monos que suben y bajan de los cocoteros, seguían en mi mente y hacían más travesuras como de los cuentos.

También descubrí que el recreo era muy parecido a ese tiempo de jugar en la esquina del poste de caranday, y de a poco fueron pasando sin advertir los primeros días de clases, se me olvidaron o quedaron guardados en la memoria con los años.

Y pasaron otros años y otros Grados donde tuve otras Maestras como Luisa Franco, Celia Rotela, Buenaventura Aquino, y muchas otras que nos enseñaron las nuevas lecciones.
Solo por mencionar a algunas de las Maestras como gratitud porque muchas otras maestras hubieron y que no están aquí sus nombres, para recordarlas siempre
Nita Caresio
Maria Alegre
Maria Luisa Franco
Buenaventura Aquino mi maestra en el 5to grado.
Celia Rotela
Segundo Colmán 2do grado
Lilia Troche Vda de Dobrila la Directora

Todas merecen ser citadas como en una galería de los más bellos recuerdos de ese tiempo de la Primaria en la Escuela San José Artesano en mi caso como alumno.

En el 2do Grado tuve un maestro muy especial que se llama Segundo Colmán. Recuerdo su cara amplia y la sonrisa amable, me parecía a un muchacho del interior recién llegado a la Ciudad por su sencillez.

El Maestro Segundo Colmán era manco, y no le fue ningún obstáculo para enseñar y abrir los cuadernos, escribir en la pizarra y borrar, con mucha agilidad.

Salí como su mejor alumno del 2do Grado por la motivación de ese Maestro inolvidable.
Fue un mutuo aprecio que logré corresponder siendo el mejor en su Clase y ese fin de Grado, recuerdo que me llevó a la Librería “El Escolar”, y fué cuando por primera vez salí hacia el Centro para obsequiarme dos revistas de mi elección y elegí de Cowboys.

Pero también María Alegre era mi Maestra preferida.
Su voz era un despertar de aquellas sensaciones nuevas que aún no entendía. Me daba gusto escucharla, aunque también se enojaba muy terrible.
Ella era rubia y pecosa.

Mi generación se ha formado entre los recuerdos de esa época idílica y feliz, caminando por esas calles arenosas hacia una linda Escuelita.
Con verde pastizal al frente en un entorno mágico.
Toda esa niñez fue vivida en el añorado Barrio Obrero.

La Escuela San José Artesano, al igual que una madre es la formadora de sus hijos e hijas.
Ella alberga los recuerdos de niños y niñas, que pasaron por sus aulas, igual como una mamá, la Escuelita de la Primaria, acunó nuestros sueños infantiles.

Suena...suena...Campanita...
Gracias por ese tiempo amada Institución de Enseñanzas:
Gratitud eterna a las Maestras y Maestros de aquellos tiempos.
Hernán Benítez Denis

04
María Alegre, una maestra singular:

Para recordar los más puros sentimientos, vuelvo al tiempo de los primeros grados junto a mi maestra, la que despertó en mí los más puros sentimientos de la inocencia.

Ella era blanca y pecosa de estatura mediana, con fáciles sonrisas en sus labios rojos, y cuando nos retaba, parecían brillar estrellitas en sus ojos azules.

Con mi Maestra de Primer Grado, yo la recuerdo, cómo me esmeraba para ganar su atención, tratando de hacer bien los deberes, desde las primeras letras, y hasta hoy me parece que sigo estando en su aula.

En la Escuelita San José Artesano no solo aprendí a deletrear y a escribir, también aprendí algo así como de los primeros sentimientos y emociones, al despertarse en mí, sensaciones, que ya no eran como por una madre.

Conocí a mi primera maestra, con ese nombre, como salido de los cuentos infantiles, y María Alegre me deslumbró todo ella, y eso que en ese tiempo era tan solo, un mitaí escuelero.

En el despertar de los sentimientos, las niñas y los niños, tenemos ese algo en especial y que se siente de manera distinta, y nos ocurre cuando nos vamos abriendo a las nuevas experiencias.

Y eso comienza en el aula donde ya no somos todos de esa misma cuadra y de esa misma esquina donde jugábamos en la arena, al crecer juntos en nuestra infancia.

Los varoncitos buscamos cómo acercarnos a nuestra Maestra, haciendo "buenas acciones", como borrar la pizarra, compitiendo quién es más rápido, solo para tener ese momento cuando su voz nos acaricia al pronunciar nuestro nombre al darnos las gracias.

A ese “estado de inocencia" quiero volver y no salir nunca más de allí, para sentirme como aquél escuelero para siempre como si el tiempo no hubiera pasado y sigo estando en los primeros grados de la Escuelita San José Artesano del Barrio Obrero en Pilar.
Y yo que antes no sabía porqué, sentí que cuando me miraba era de una forma y no como a los demás.

Quizás ella intuía que alguna vez este su alumno un mitaí escuelero del Barrio Obrero que llegaba descalzo a la Escuela caminando por el Paú Poí, tal vez ella me vió con los ojos soñadores y que en un día muy lejano como ahora, cuando ella ya no esté, yo la recordaría con palabras tiernas que salen del corazón.

Y ahora comprendo cómo sería la vida sin las
lecciones recibidas de una maestra singular, con ella aprendí a amar, traduciendola con el corazón.

Vivir con emociones lo que se aprende desde los primeros grados las lecciones con sensibilidad desde lo más profundo para que perduren en el tiempo como las semillas en la buena tierra, germinan en conocimientos con
profundas raíces de discernimiento.

María Alegre mi maestra, ella era como salido de los cuentos infantiles, con una regla en la mano como su varita mágica y con las tizas de colores en la pizarra dibujando nos enseñó para que estuvieramos siempre, como enamorados de la vida.

Y ella, mi Maestra con su manera de enseñar, entre sonrisas de buena y con sus retos de muy seria cuando se ponía, en especial por los varones cuando nos portamos muy mal, ella sabía ser muy estricta, pero muy pronto se le pasaba y recuperaba una hermosa sonrisa.

María Alegre, una maestra única por la manera de enseñarnos entre sonrisas y retos, que le hacían brillar estrellitas en sus ojos azules.
A una maestra como María Alegre, no se la puede fácilmente olvidar .

Y todo me dio la Escuelita San José Artesano desde los Primeros Grados, y yo solo puedo decir: "Muchas gracias por la paciencia a todas esas Maestras" que nos enseñaron en los sucesivos Grados al recordarlas hoy.

También nombraré al Maestro Segundo Colmán porque fui su mejor alumno en el 2do grado.

El maestro Segundo Colmán como regalo me compró mis primeras revistas de cowboy, y eran las únicas que tenía y las releía Gene Autry, Red Ryder y el Llanero Solitario.

Pero lo que no me olvido es cuando nos fuimos por las calles de antaño de Pilar hasta la “Librería el Escolar”, y siempre quise ser el mejor de la clase en todos los años.

Fue la primera vez que conocí el Centro y luego de tantos años, décadas pasaron y hasta hoy recuerdo esa emoción de hojer cada página y cada aventura de mis primeros materiales de lectura y de imaginación, como fueron esas revistas de cowboys.

Aprendí a valorar los primeros sentimientos y la pura inocencia para comprender que la vida y sus significados se pueden simplificar en un resumen de la belleza.

Y recuerdo el entorno natural de la Escuelita San José Artesano de una manera tal que me cautivaba porque era como el mejor lugar con
sus paisajes tan cambiantes en imágenes y sonidos, que muchas veces me distraen para mirar desde mi aula por la ventana hacia el barranco del Arroyo Ñeembucú.

Y mi maestra, ahora entiendo, porqué no regañaba. me dejaba al verme absorto captando esas emociones, y que seguro ella también podía ver y sentir por su sensibilidad, y en mi rostro transfigurado y abstraído como el mitaí soñador que fuí.

Miraba el paisaje que pasaba por la ventana de mi aula y dejaba que me llenaran los ojos y los oídos con imágenes y sonidos que inundaban mis sentidos.

Por esas aguas que traían a las canoas, bajo el vuelo de los pájaros, en ese espacio de cielo donde se escuchaba al viento entre los eucaliptos.
Era la naturaleza en la ventana de mi aula que se desplegaba con todo su esplendor.

Imágenes palpitantes y cambiantes, un cuadro vivo enmarcado de un tiempo de mitaí escuelero en la Escuelita San José Artesano del Barrio Obrero. .

Todos hemos pasado estoy seguro por esto al conocer a una hermosa maestra que nos enamoró y porque los primeros sentimientos nos vienen desde la Escuela, y pertenecen a algunas de las aulas, donde alguna vez estuvimos y fuimos compañeros y compañeras.

Aquí dejo estos recuerdos de los Primeros Grados en los primeros años de la década del 60.
Cuando veo lo que es hoy la Escuela San José Artesano del Barrio Obrero, tengo nostalgias de como era antes.
Nunca me olvidaré cuando entré en el Primer Grado y conocí a mi maestra.
María Alegre es su nombre, una maestra muy singular.
Hernán Benítez Denis

05
El despertar de los sentimientos:

Muy a menudo recurro a ese estado de inocencia, cuando entraba en los primeros grados de la Escuela San José Artesano.
Tal vez quiero sentirme otra vez, un escuelero como si el tiempo no pasará.

Esta vez quiero recordar a una maestra, la que despertó en mí, los más puros sentimientos de la inocencia.
Y cómo me esmeraba para aprender las primeras letras y trataba de ganar su atención.

Un mitaí escuelero tiene como ese algo especial, sus primeros sentimientos hacia la Maestra.
Ella es la primera mujer después de la mamá, la persona que nos deslumbra.

Y yo no tuve duda de esas mis primeras emociones en la Escuelita San José Artesano.
Recuerdo hasta hoy a mi maestra de Primer Grado.
Era blanca y pecosa, con sonrisas fáciles en los labios rojos.
De estatura mediana, y que, cuando nos retaba, parecían brillar estrellitas en sus ojos azules.

La recuerdo como que sigo estando en la Primaria, en el aula del Primer Grado.
Con ese nombre que suena como salido de los cuentos infantiles, María Alegre se llama.

Los varoncitos queríamos tenerla cerca y competimos para borrar la pizarra.
Solo para escuchar que diga nuestro nombre.
Muchas veces ganaba el más rápido y pícaro compañero del aula, y le decía, "Gracias Yoyito".
Aunque a veces la escuchaba arrullarme con su voz cuando decía, "Gracias Nanchito".

Acostumbraba a llamarnos por el apodo, porque era el único nombre con el que nos conocíamos entre los compañeritos.

No se porqué, sentí que mi maestra María Alegre me correspondía y me miraba diferente que a los demás
Muy pronto aprendí a jugar con la imaginación y después con las palabras.

Quizás ella intuía entonces, porqué tenía los ojos soñadores.
Y que alguna vez, este alumno suyo, un escuelero, mitaí como todos, la recordaría con palabras dulces que salen del corazón.

Hoy pienso en la lección más importante que nos dejó esa maestra del primer grado con sus enseñanzas.
Sabía cómo llegar con sensibilidad a sus alumnos, hasta lo más profundo de sus emociones.

Y más fácil se nos hizo la vida mediante una maestra que valoró nuestros primeros sentimientos, sinceros e inocentes, de niñas y niños que fuimos teniendo las primeras experiencias fuera de la casa.

Se comprende con el tiempo que no se necesitan muchos motivos para amar.
Que para sentir y vivir la vida, nada mejor hay, que hacerlo como si estuviéramos siempre enamorados.

Y con su manera de enseñar entre sonrisas de buena y sus retos en especial a los varones cuando nos portamos muy mal, sabía ser seria y estricta, y muy pronto recuperaba su sonrisa.
A una maestra como María Alegre, nunca se la puede olvidar .

Todo eso me dio la Escuelita San José Artesano de los Primeros Grados.
Gracias por tanta paciencia a todas las maestras en Maria Alegre, por enseñarnos a deletrear los primeros sentimientos de nuestra inocencia, y para entender su significado.

Recuerdo de ese tiempo el paisaje tan cambiante de imágenes y sonidos que pasaban por la ventana de mi aula, y procurando no distraerme, miraba hacia el barranco del Arroyo Ñeembucú.

Se me llenaban los ojos y oídos con imágenes y sonidos que me llegaban, de las canoas, el agua, el vuelo de los pájaros, el viento y toda la Naturaleza en su esplendor.
Imágenes, vivientes, palpitantes, coloridas y cambiantes, como un cuadro enmarcado por la ventana de mi aula.

Todos hemos conocido a una hermosa Maestra que nos enamoró.

Y estoy seguro de que estos sentimientos nos pertenecen porque alguna vez fuimos a una Escuelita del Barrio Obrero, o la que nos quedaba más cerca.

Aquí les dejo los recuerdos más inocentes de los Primeros Grados de la década del 60 en la Escuela San José Artesano del Barrio Obrero y a una maestra.
Su nombre es María Alegre.
Hernán Benítez Denis

06
El despertar de los sentimientos en las niñas:

Las niñas tienen un encanto natural que traen al nacer y saben acaparar todas las muestras de cariño.
Las niñas son como las bellas flores en el jardín, las más preciadas de papá y mamá, a las que cuidan con amor y muchos celos

Pero las niñas tendrán poco a poco, con el despertar de sus sentimientos, sus primeros vuelos,

Poco a poco ensayan y aprenden con rapidez, de que se trata ese algo difuso que "sienten", y les llega al corazón con emociones y sentimientos confusos.

En las niñas, con el despertar de sus sentimientos, sin que ellas mismas sean conscientes, apuntan a desplazar a sus primeros amores, sus padres.

Mientras que a los niños se les enseña a ser cada vez más independientes, en un proceso que en relación a las niñas es al revés, ellas no tenían antes, tanta libertad.

A los niños se les sueltan las manos protectoras desde los primeros grados en la Escuela, y tienen que hacer nuevos amigos.

Las niñas se juntan con naturalidad entre compañeritas y aprenden todas juntas cuando se preguntan de sus ilusiones entre ellas.
Es que son tan tiernas de corazones y muy pronto ya serán señoritas muy bellas.

Y muchas veces, sus confesiones emocionales son cosquilleos de mariposas en vuelos.
Le preguntan a las flores y recae en las pobres margaritas.
Desprenden sus pétalos de a uno pensando en el elegido recitando el, "Me quiere, no me quiere", al azar.

Mientras nosotros los varones no consultamos a las flores ni con los compañeros.
Calladitos llevamos dentro los rostros sonrientes de ellas y de una en especial que es la elegida.

Todavía no sabemos de amores ni de primeras citas, todo es a la distancia, con algunas miradas, y tal vez un "mandale saludos",

Y así pasarán muchos años de los primeros romances y nos quedará una secuela, tal vez, como un dulce recuerdo, de un fugaz beso de aquel primer amor en la distancia, que nunca se olvida.

Tiempos aquellos, ahora tan lejanos, de las niñas y los niños en la Escuela.
Que lindo fué habernos conocido en la inocencia, para llegar a la adolescencia hasta que luego tomamos diferentes caminos.

Nos vimos sí por un poco más de tiempo por las calles arenosas de ese ayer, ya con algunas experiencias que hoy nos hacen sonreír.
Pero que antes nos hacían sufrir, hasta que cada uno volamos hacia nuestros propios cielos.

Es que antes, antes nadie se animaba ni en el recreo o en la salida, a seguir a la elegida que caminaba sola y solita ya soñaba que un día sería, toda una mujer.

Y en los varones nos duraba una eternidad, dudamos para seguirla por el camino al almacén del Barrio, o por el Paú Poí, (Callejon Angosto), tomándonos de las manos, al abrazarla decirle al oído, un "Te quiero".

Son estas palabras de un romanticismo idealizado que hoy ya no existe.
Son estos los momentos mágicos de nuestros recuerdos, y tienen nombres, de ella y él, de cada quién, solo que ya no se puede contar.

Las niñas ya traen ese aire de misterio en forma natural y con desenfado, muy pronto se sueltan la cabellera.
Muy pronto ellas ya son jovencitas, tan hermosas al caminar con los zapatos tacos altos de la hermana se pasean.
Sugerentes poses ensayan desde niñas y ya sabían lo que nosotros a la misma edad que ellas, incluso un poco mayor, los varones en el amor, seguimos siendo muy torpes.

Con la Maestra se empieza a sentir algo parecido al primer amor, pero que todavía no puede suplir a la mamá que nos soltó de sus manos protectoras, y nos enseñó así a ser independientes, como conviene a los varones.

Ella, la maestra, es la segunda mamá que nos enseña, reta, y protege, y por sobre todo, nos comprende.
Representa en nosotros los niños, un ideal interiorizado.
Es por eso que una maestra con esas cualidades, nos deja con una secuela que sutilmente se lleva dentro, como un escuelero enamorado.

Hernán Benítez Denis

07
En versos:
Es que antes nadie se animaba.
Ni empujado por la pandilla
En el recreo o en la salida.
La elegida sola caminaba
Por esas calles arenosas de ayer.
Soñando que un día será,
Toda una mujer.
##
Ellas tienen ese aire de misterio.
Se sueltan muy pronto,
De forma natural con desenfado.
Desde la cabellera hasta los pies y…
Se preguntan de sus ilusiones.
Fácilmente se llenan de emociones
Y lo resuelven al azar.
##
De testigos las compañeritas.
Uno a uno desprenden.
Los pétalos de las margaritas.
Con el "Me quiere, no me quiere".
Son tiernas de corazones.
Serán señoritas, muy bellas.
Mientras que nosotros los varones.
Sin preguntar a ninguna flor..
Calladitos nos llevamos.
Los rostros sonrientes de ellas.
##
No sabemos iniciar el amor
Ni las primeras citas.
Pasarán así muchos años.
Y nos quedará una secuela.
Tal vez, de un dulce recuerdo.
Del fugaz romance en la distancia.
Que empezó en la escuela.
##
Los varones pasan una eternidad.
Para decir un, "Te quiero".
Y mucho más para decir.
"Estoy enamorado".
##

Las niñas se vuelven jovencitas.
Y son hermosas al caminar.
Con los zapatos tacos de la hermana.
Sugerentes poses saben adoptar.
##
Nosotros a la misma edad.
Incluso un poco mayor.
Los varones seguimos siendo.
Extremadamente, muy torpes.
Hernán Benítez Denis

08
Aquellos entornos de la adolescencia:

La Escuelita San José Artesano al mismo tiempo era una Capillita con el mismo nombre y la casa de Don Ruperto y Ña Manchí, una familia muy querida del Barrio Obrero, tenía un espacio al costado como pista y fué allí
que vi el primer Cine mudo.
Luego se convirtió en La Casa Parroquial de la Iglesia cuando la familia con Don Ruperto Ramírez emigraron de Pilar.

De ese tiempo al despertar a la adolescencia tengo recuerdos de las clases de Catecismo con el Paí Manolo y el Paí León Yegros que fué un precursor de las ideas libertarias al llamado de tener “conciencia de la realidad”.

Las homilías del Paí León en la Misa de los domingos eran para despertar esa conciencia dormida de la gente.
Mucho antes que el Paí Domiciano Ramirez, con quién no tuve ocasión de alternar por haber salido como muchos otros pilarenses de ese tiempo, para ser un migrante más en la Capital.

Fue una época en un tiempo de contrastes, con mezcla rara de formación moral y de probar aquello que trajo el espíritu de las Décadas del 70.

los discos de vinilos, de los Grupos de música en vivo, del Rock y los Románticos en esas noches por la Zp12.

De las fiestas solo hasta la medianoche, en la Seccional y otros lugares conocidos.
Las noches de serenatas hasta la madrugada y de enamoradas trasnochadas.

De las chicas y chicos que se despiertan del ensueño del primer amor.
Los matinés en el Cine Parroquial y del picnic de los domingos bajo los mangales a la tarde.

Un tiempo de cambios en el despertar a la juventud en una oleada de libertad como de un amor libre.

Empecé amando lo que fueron mis vistazos mas allá de lo que se puede ver a simple vista.
Y fue el Barrio Obrero, el Arroyo Ñeembucú, la Escuelita, el Paú Poí, el barranco cerca de los Ramirez y su Mirador Natural, lugar alto donde se acaba la calle 14 de Mayo y desde ahí en un vistazo al este se domina toda la Bahía hasta muy lejos y se nota el canal
zigzagueante del Arroyo Ñeembucú mientras sus aguas besan los lindes de los patios de las casitas recostadas a su orilla.

Es allí donde antes se ondulaba al viento la melena verde de frondosos eucaliptos y este barranco iba a terminar por el puerto de Ayala Pato, donde se divisa la otra orilla el Barrio Guaraní, y donde la gente cruzaba en canoas.

No estoy seguro si había un puente rústico también, de palo y de madera parecido al Puente Pachanga.
Tal vez sí, o tal vez no, y solo fue un sueño.
Hernán Benítez Denis

09
Al terminar la Primaria:

Hemos terminado la Primaria en la Escuela San José Artesano de Pilar, y estamos a punto de entrar a una nueva etapa de la vida, que comienza casi justo a los 12 años en adelante.

Y nos pasó, que aquellas cosas que hacíamos o jugábamos, de una manera despreocupada y feliz, hace rato había sido, hemos dejado en el tiempo de la niñez.

Era nuestra costumbre salir a jugar en la esquina de la cuadra al anochecer, y de hecho, al entrar a la Escuela, cada véz éramos menos, y poco a poco, no en forma abrupta, hemos dejado de encontrarnos allí.

Y aquellas siestas de salir a jugar con los amigos de la infancia, como si fueramos los Yacy Yateré, de repente, ya muy pocos responden a los silbidos para juntarnos, y nuestra pandilla… se dispersó.

Luego de terminar la Primaria, nos espera un cambio profundo que sentíamos era mucho más que avanzar hacia una nueva etapa.
Ha llegado el momento de afianzarnos, para seguir estudiando o volcarnos de lleno a trabajar en una profesión, en medio de muchas precariedades.

Por todo lo dicho, es como si uno supiera en aquél entonces lo que queríamos ser en la vida y, nada de eso era claro.
Lo cierto es que los compañeros, al terminar la Primaria, hemos tomado diferentes rumbos.

Otras pandillas de mitaí vinieron a ocupar aquellos lugares en el Barrio Obrero, y ya venían detrás nuestro, cómo la nueva camada de pandilleros de la siestas.

Un tiempo después, todas estas calles arenosas del Barrio Obrero y los bajos del Ñeembucú, serán desiertas de nosotros o algo parecido, y vagaran sólo nuestros espíritus, de ese un tiempo, que ya no regresará.

Y también con el progreso, todo habrá acabado en estos lugares y este modo de crecer, tan naturalmente, va a desaparecer.

Con nosotros, en donde nos lleve la vida, a lugares lejanos de la infancia, solo los recuerdos quedarán amontonados junto a las inocencias de aquellos tiempos idos.

Y así pasaron nuestras vivencias.
Ya no hubo más Yacy Yateré por las siestas, ni como aquellos mita'i akahata que fuimos, correteando en pandillas.
Pasamos a ser, como esas viejas estampas del Barrio Obrero del ayer.
Hernán Benítez Denis